

Rita Laura Segato. *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla: Pez en el Árbol, 2014. 114 págs.

Por Joaquín del Fierro (UBA)

Recibido: 30/08/15 - Aprobado: 29/10/15

Este nuevo libro de la autora mexicana tiene un título atractivo. Uno se sumerge en él con expectativa de encontrar estudios antropológicos o históricos respecto al involucramiento de las mujeres en las guerras, y en vez de eso se encuentra con una retahíla de lugares comunes y desaciertos. Por momentos pareciera que ha descubierto la redondez de la Tierra, cuando sostiene, por ejemplo, que *“el único valor buscado es el poder, y esta estrategia que prioriza la cohesión de las alianzas y su clara simbolización por encima de todas las dimensiones de la diferencia tiene como clave oculta la relación competitiva por el poder y un pacto vigente entre las facciones o partidos en conflicto con relación a las pautas que orientan su accionar para obtener porciones de poder, en el sentido de control jurisdiccional sobre recursos y personas”* (págs. 41/2, destacado en el original). Fuera de esas cuestiones, incontrovertibles, la autora sostiene que *“la violencia contra las mujeres ha dejado de ser un efecto colateral de la guerra y se ha transformado en un objetivo estratégico de este nuevo escenario bélico”* (pág. 15). Por supuesto, tan insólita afirmación genera un mayor interés en lo que sigue. La autora, que solo conoce las nuevas formas de la guerra a través de dos autores (Münkler y Kaldor), presenta un razonamiento que, en sus puntos principales, derrumba su propio argumento. Así, por ejemplo, primero elabora un esotérico concepto del cuerpo femenino como el territorio *“debido a la contigüidad cognitiva entre cuerpo de mujer y territorio”* (SIC, pág. 31). Si uno se pregunta cómo ocurre tal trastrueque, poco más adelante se enterará que *“por el efecto del paradigma del biopo-*



der, la red de los cuerpos pasa a ser el territorio, y la territorialidad pasa a ser una territorialidad de rebaño en expansión. El territorio, en otras palabras, está dado por los cuerpos” (pág. 33, destacado de la autora). Es evidente que ha tomado la metáfora por la realidad, y que asigna a un paradigma (que es un diagrama de conocimiento) el poder de transformación de los cuerpos en territorios. Pero ese no es el final, sino el principio de las novedades que nos aporta. Según su particular punto de vista, actualmente “el cuerpo femenino o feminizado es, como he afirmado en innumerables ocasiones, el propio campo de batalla” (pág. 58), lo que podría llevar a confundir un congreso de ginecólogos con un ejército de ocupación. Ahora bien, es llamativo que mencione el cuerpo “femenino o feminizado”. Es que “si la violación a varones, por otro lado, es la feminización de sus cuerpos, su desplazamiento a la posición femenina, la violación de las mujeres es también su destitución y condena a la posición femenina, su clausura en esa posición como destino, el destino del cuerpo victimizado, reducido, sometido” (pág. 61). Y aquí aparece el nudo gordiano: la posición femenina es, para la autora, la de víctima, reducida, sometida. Dado que esta es la premisa, la conclusión es obvia.

En su mesianismo por demostrar que las mujeres son el blanco de la guerra (en un sentido extremadamente amplio, pues incorpora distintos tipos de violencia: delictiva, doméstica, etc.) nos dice que “en El Salvador y Colombia, países que están entre los que tienen mayores tasas de femicidio” y que son, en su mirada concordante con los *think tanks* neoconservadores, países en guerra con el narcotráfico y las pandillas, “solamente 3% del total de feminicios son cometidos por un compañero actual o ex. Por otro lado, Chipre, Francia y Portugal (países con bajas y muy bajas tasas de femicidio)”, y lejos de una situación de violencia generalizada, “asesinatos de mujeres por compañeros actuales o ex compañeros responden por más de 80% de todos los asesinatos” (págs. 66/7). No advier-



te que esto contradice su argumento: en la guerra, a las mujeres se las mata por ser personas, al igual que a los hombres, no por ser mujeres.

Es evidente que una cosa es analizar el papel de las violaciones en la guerra, sobre lo que hay numerosos estudios, y otra, muy distinta, es suponer que la violación es la estrategia de un conflicto armado. Es un claro ejemplo de hipostasiación. Eso la lleva a plantear el neologismo de “femigecidio”, lo cual es un dislate lógico, ya que si tal cosa existiera supondría el fin de la humanidad. Por supuesto, a falta de evidencia, recurre a las prácticas infanticidas premodernas chinas.

Lo positivo de este libro es su brevedad, mayor a la que uno presume, ya que la segunda parte del mismo, intitulada “La nueva elocuencia del poder”, es un reportaje que le hicieron a la autora. Para alegría del lector (y bochorno de los editores), hay párrafos, algunos bastante extensos, que son una réplica textual de lo que había leído en páginas anteriores; así, puede encontrarse en las páginas 81 y 82 lo mismo que había visto en las 45 y 46; en la 86 lo que ya había leído en la 5; en la 89 lo de la 52, en la 102 lo de la 59, en la 103 lo que está en la 61 y en la 104 lo mismo que en la 63.

